

LOS ÁRABES EN LA HISTORIA

BERNARD LEWIS

PREFACIO A LA PRIMERA EDICION

LOS ÁRABES EN LA HISTORIA



INDICE

1. Arabes antes del islam	41
2. Mahoma y el nacimiento del islam	69
3. La era de las conquistas	83
4. El reino árabe	123
5. El imperio islámico	153
6. La revolución del islam	189
7. Los árabes en Europa	219
8. La civilización islámica	247
9. El eclipse de los árabes	271
10. El impacto de Occidente	309
Tabla cronológica	325
Procedencia de los textos mencionados	369
Bibliografía	375

INTRODUCCIÓN

¿Quién es árabe? Los términos étnicos son notablemente difíciles de definir, y *árabe* no se encuentra entre los más fáciles. De entrada hay que descartar una posible definición. Los árabes pueden ser una nación, pero no son una nacionalidad en el sentido legal. Uno que se denomine árabe puede figurar en su pasaporte como de nacionalidad saudí, yemení, iraquí, kuwaití, siria, jordana, sudanesa, libia, tunecina, argelina, marroquí o de cualquier otro estado del grupo que se identifica como árabe. Algunos países incluso han incorporado la palabra *árabe* en su nomenclatura oficial, como Arabia Saudí, la Unión de Emiratos Árabes, las Repúblicas Árabes de Siria y Egipto. Sin embargo, sus ciudadanos no son designados simplemente como árabes. Hay Estados árabes, y una verdadera liga de Estados árabes; pero no existe un único Estado árabe del que todos los árabes sean súbditos.

Pero si el arabismo no posee contenido legal, no por ello deja de ser real. El orgullo de los ára-

bes por su ascendencia, su conocimiento de los lazos que les unían a otros árabes del pasado y del presente no son menos intensos. ¿Es entonces la lengua el factor unificador? ¿Es árabe simplemente quien tiene el árabe como primera lengua? Es una respuesta sencilla y satisfactoria a primera vista; sin embargo, existen algunas dificultades. ¿Es árabe el judío de lengua árabe procedente de Iraq o el Yemen o el cristiano de lengua árabe de Egipto o Líbano? El investigador recibiría respuestas diferentes de estos mismos pueblos y de sus vecinos musulmanes. ¿Incluso el musulmán de lengua árabe de Egipto es un árabe? Muchos se consideran a sí mismos así, pero no todos, y el término *árabe* aún se emplea coloquialmente en Egipto y en Iraq para distinguir a los beduinos de los desiertos circundantes de los campesinos indígenas de los valles del gran río. En algunos lugares se emplea el repelente término de *arabófono* para distinguir a los que sólo hablan árabe de los que verdaderamente lo son.

Un encuentro de dirigentes árabes hace muchos años definió al árabe con estas palabras: «Todo aquel que vive en nuestro país, habla nuestra lengua, es criado en nuestra cultura y se enorgullece de nuestra gloria es uno de los nuestros». Podemos comparar esta definición con la que da una fuente occidental bien autorizada, sir Ha-

milton Gibb: «Son árabes todos aquellos para quienes el hecho central de la historia es la misión de Mahoma y la memoria del imperio árabe y que además aprecian la lengua árabe y su herencia cultural como posesión común». Se observará que ninguna de las dos definiciones es puramente lingüística. Ambas añaden un aspecto cultural, y una al menos el hecho religioso. Ambas deben ser interpretadas históricamente, pues sólo a través de la historia de los llamados pueblos árabes podemos esperar comprender el significado del término desde su limitado uso primitivo en los tiempos antiguos hasta el amplio pero vagamente delimitado alcance de su significado en la actualidad. Como veremos, a través de este largo período la importancia del mundo árabe ha ido cambiando sin cesar, y como el cambio ha sido lento, complejo y extenso, descubriremos que el término puede ser empleado en varios sentidos diferentes al mismo tiempo y que raras veces ha sido posible ofrecer una definición general estándar de su contenido.

El origen de la palabra *árabe* es confuso todavía, aunque los filólogos han ofrecido explicaciones de verosimilitud diversa. Para algunos, la palabra deriva de una raíz semítica que significa «oeste» y fue aplicada por primera vez por los habitantes de Mesopotamia a la zona occidental del

valle del Éufrates. En términos puramente lingüísticos esta etimología es cuestionable y cabe objetar que ese vocablo fue empleado por los propios árabes y que no es probable que una persona se describa a sí misma con una palabra que indica su posición relativa a otra. Más visos de verosimilitud tienen los intentos de vincular la palabra con el concepto de nomadismo. Esto se ha hecho de varias maneras: relacionándola con la palabra hebrea *Arabha*, que significa «tierra oscura» o «tierra esteparia»; con la hebrea *Erebh*, que significa «mezclado» y por tanto desorganizado, en oposición a la vida organizada y ordenada de las comunidades sedentarias, rechazadas y despreciadas por los nómadas; con la raíz *Abhar*, que significa «mover» o «pasar», y de la que probablemente deriva la palabra hebrea. La asociación con el nomadismo la confirma el hecho de que los propios árabes al parecer utilizaron la palabra en una fecha temprana para distinguir a los beduinos de los moradores de las ciudades y aldeas que hablaban árabe y en realidad siguen haciéndolo, hasta cierto punto, en la actualidad. La etimología árabe tradicional deriva el nombre de un verbo que significa «expresar» o «enunciar»; casi con toda seguridad se trata de una inversión del proceso histórico. Puede hallarse un caso paralelo en la relación entre la pa-

labra alemana *deuten*, «hacer claro al pueblo», y *deutsch*, originalmente «del pueblo».

El primer relato que nos ha llegado de Arabia y los árabes es el que aparece en el capítulo diez del Génesis, en el que muchos de los pueblos y distritos de la península son citados por su nombre. Sin embargo, la palabra *árabe* no figura en este texto y hace su primera aparición en una inscripción asiria de 853 a. C. en la que el rey Salmanasar III señala la derrota de una conspiración de príncipes rebeldes por parte de las fuerzas asirias; uno de ellos era Gindibu el Aribi, el cual aportó mil camellos a las fuerzas de la confederación. Desde esa época hasta el siglo VI a. C. existen en las inscripciones asirias y babilónicas frecuentes referencias a Aribi, Arabu y Urbi. Estas inscripciones registran la recepción de tributos de los gobernadores de Aribi, que suelen incluir camellos y otros artículos indicativos de que proceden del desierto, y en ocasiones cuentan expediciones militares en tierra aribi. Algunas de las inscripciones posteriores van acompañadas de ilustraciones de los aribi y sus camellos. Estas campañas contra los aribis no eran guerras de conquista sino expediciones punitivas cuya intención era recordar a los nómadas errantes sus deberes como vasallos asirios. Tenían el fin general de asegurar las tierras fronterizas y las líneas de comu-

nicación asirias. Los aribi de las inscripciones son un pueblo nómada que vive en el norte de Arabia, probablemente en el desierto sirio-árabe. El término no incluye la floreciente civilización sedentaria de la Arabia suroccidental, que se menciona separadamente en los documentos asirios. Los aribi quizá puedan identificarse con los árabes de los libros más tardíos del Viejo Testamento. Hacia 530 a. C. empieza a aparecer el término *arabaya* en documentos cuneiformes persas.

La primera referencia clásica se encuentra en Esquilo, quien en *Prometeo encadenado* menciona Arabia como una tierra remota de donde vienen guerreros con lanzas de punta afilada. El *Magos Arabos* mencionado en *Los persas* como uno de los caudillos del ejército de Jerjes también es posible que fuera árabe. En escritos griegos encontramos por primera vez el topónimo Arabia, formado sobre la analogía de Italia, etcétera. Herodoto y posteriormente la mayoría de escritores griegos y latinos extendieron los términos *Arabia* y *árabe* a toda la península y a todos sus habitantes, incluidos los del sur e incluso los del desierto oriental de Egipto entre el Nilo y el mar Rojo. En esa época, el término parece englobar todas las zonas desérticas tanto de Oriente Próximo como de Oriente Medio habitados por pueblos de habla semítica. También en la literatura griega es

corriente el uso del término *sarraceno*. Esta palabra figura por primera vez en las antiguas inscripciones y parece ser el nombre de una sola tribu del desierto de la zona del Sinaí. En la literatura griega, latina y talmúdica, se emplea para referirse a los nómadas en general, y posteriormente en Bizancio y en Occidente durante el medievo se aplicó a todos los pueblos musulmanes.

El primer uso arábigo de la palabra *árabe* tiene lugar en las antiguas inscripciones arábigas del sur, esas reliquias de la floreciente civilización establecida en el Yemen por la rama meridional de los pueblos árabes y que se remonta a los últimos siglos precristianos y primeros del cristianismo. En ellas, *árabe* significa beduino, a menudo invasor, y se aplica a los nómadas para distinguirlos de la población sedentaria. La primera aparición en el norte se produce en la estela de Namara a principios del siglo IV d. C., uno de los documentos más antiguos que han sobrevivido en la lengua árabe del norte que posteriormente se convirtió en el árabe clásico. Esta inscripción, escrita en arábigo pero en la escritura aramea de los nabateos, registra la muerte y las hazañas de Imru'l-Qays, «rey de todos los árabes», en términos que sugieren que la soberanía reclamada se extendía mucho más allá de los nómadas de la Arabia septentrional y central. Hasta el surgimiento del islam a prin-

cipios del siglo VII no tenemos ninguna información auténtica en cuanto al uso de la palabra en Arabia central y septentrional. Para Mahoma y sus contemporáneos, los árabes eran los beduinos del desierto, y en el Corán, el término se emplea exclusivamente en este sentido y jamás al hablar de los ciudadanos de La Meca, Medina y otras ciudades. Por otra parte, la lengua de estas ciudades y del propio Corán se describe como arábiga. Aquí ya encontramos el germen de la idea que prevalecerá en épocas posteriores de que la forma más pura de árabe es la del beduino, que ha preservado con más fidelidad que ningún otro el modo de vida y el habla árabes originales.

Las grandes oleadas de conquistas que siguieron a la muerte de Mahoma y la creación del califato por parte de sus sucesores en la jefatura de la nueva comunidad islámica extendieron el nombre *árabe* por los continentes de Asia, África y Europa y lo pusieron a la cabeza de un capítulo trascendental de la historia del pensamiento y progreso humanos. Los pueblos de habla árabe de Arabia, nómadas y sedentarios por igual, fundaron un vasto imperio que se extendía desde el Asia central por todo el Oriente Medio y norte de África hasta el Atlántico. Con el islam como religión nacional y grito de guerra, y el nuevo imperio como botín, los árabes se encontraron

viviendo entre una gran variedad de gentes de diferentes razas, lenguas y religiones, entre las cuales formaron una minoría dominante de conquistadores. Las distinciones étnicas entre tribus y las distinciones sociales entre habitantes de las ciudades y habitantes del desierto durante un tiempo fueron menos importantes que la diferencia entre los mandatarios del nuevo imperio y los diversos pueblos que habían conquistado. Durante el primer período de la historia islámica, cuando el islam era una religión árabe y el califato un reino árabe, el término *árabe* se aplicó a los que hablaban la lengua árabe, eran miembros de pleno derecho por descendencia de una tribu árabe y, personalmente o a través de sus antepasados, habían tenido su origen en Arabia. Eso servía para diferenciarlos de la masa de persas, sirios, egipcios y otros, a quienes las grandes conquistas habían llevado bajo el dominio árabe. También se aplicaba en la Europa cristiana y en otras partes más allá de las fronteras del islam para designar al nuevo pueblo imperial. Los primeros diccionarios árabes clásicos ofrecen dos formas de la palabra *árabe* —'Arab y A'rab en arábigo— y nos indican que la última significaba «beduino», mientras que la primera se utilizaba en el sentido más amplio descrito anteriormente. Esta distinción, si es auténtica —y en los primeros diccionarios hay

mucho material que podemos considerar puramente lexicográfico— debe remontarse a ese período. No hay rastro de ella en épocas anteriores. No parece haber sobrevivido mucho tiempo.

A partir del siglo VIII, el califato fue transformándose gradualmente de un imperio árabe en un imperio islámico, en el que la pertenencia al grupo dominante era determinada por la fe y no por el origen. A medida que fue aumentando el número de pueblos conquistados que se convertían al islam, la religión dejó de ser el culto nacional o tribal de los conquistadores árabes y adquirió el carácter universal que desde entonces ha conservado. El desarrollo de la vida económica y el cese de las guerras de conquista produjeron una nueva clase gobernante de administradores y mercaderes, heterogénea en razas y lenguas, que expulsó a la aristocracia militar árabe creada por los conquistadores. Este cambio quedó reflejado en la organización y en el personal del gobierno.

El árabe quedó como la única lengua oficial y la principal de la administración, el comercio y la cultura. La rica y variada civilización del califato, creada por gentes de diversas naciones y creencias, era árabe de lengua y, en gran medida también, de entonación. El empleo del adjetivo *árabe* para describir las diversas facetas de esta civilización se ha discutido a menudo aduciendo que

la contribución de la «medicina árabe», la «filosofía árabe», etcétera, de los que poseían ascendencia árabe había sido relativamente escasa. Incluso se ha criticado el uso de la palabra *musulmán*, puesto que muchos de los artífices de esta cultura fueron cristianos y judíos, y se ha sugerido que es preferible el término *islámico*, pues éste posee una connotación más cultural que religiosa o nacional. Las características auténticamente árabes de la civilización de los califatos, sin embargo, son más importantes de lo que se colige del mero examen de los orígenes étnicos de sus creadores individuales, y el empleo del término está justificado siempre que se haga una clara distinción entre sus connotaciones culturales y nacionales. Otro punto importante es que, en el sentimiento general de los árabes de nuestros días, la civilización árabe del califato en su sentido más amplio es lo que constituye su herencia común y la influencia formativa en su vida cultural.

Mientras tanto, el contenido étnico de la palabra *árabe* también estaba cambiando. La difusión del islam entre los pueblos conquistados iba acompañada de la difusión de lo arábigo. Este proceso se vio acelerado por el asentamiento de numerosos árabes en las provincias, y a partir del siglo X por la llegada de un nuevo pueblo dominante, los turcos, bajo cuyo sometimiento dejó de ser im-

portante la distinción entre descendientes de los conquistadores árabes y nativos arabizados. En casi todas las provincias situadas al oeste de Irán, las antiguas lenguas nativas se extinguieron y el árabe se convirtió en la principal lengua hablada. A partir de los últimos tiempos de los abbasíes, la palabra *árabe* vuelve a su anterior significado de beduino o nómada, convirtiéndose en realidad en un término social más que étnico. En muchas crónicas occidentales de las Cruzadas se emplea sólo para beduino, mientras que el grueso de la población musulmana de Oriente Próximo se llama «sarraceno». Sin duda en este sentido habla Tasso, en el siglo XVI, de:

*altri Arabi poi, che di soggiorno,
certo non sono stabili abitanti;*
(Gerusalemme Liberata, XVII, 21)

El historiador árabe del siglo XIV Ibn Jaldun, ciudadano de ascendencia árabe, emplea la palabra corrientemente en este sentido.

El principal criterio de clasificación era religioso. Las diversas creencias minoritarias estaban organizadas como comunidades religioso-políticas, cada una de ellas bajo leyes y caudillos propios. La mayoría pertenecía a la *Ummat al-Islam*, la comunidad o nación del islam. Sus miembros

se consideraban principalmente musulmanes. Cuando fue preciso efectuar una nueva clasificación, una era de carácter territorial (egipcios, sirios, iraquíes), la otra social (ciudadanos, campesinos, nómadas). A esta última pertenecía el término *árabe*. Había conservado tan poco de su significado étnico, que incluso la encontramos aplicada en ocasiones a nómadas no árabes de extracción kurda o turcomana. Cuando la clase social dominante dentro del *Ummat al-Islam* era principalmente turca —como ocurrió durante muchos siglos en Oriente Próximo— a veces encontramos el término «Hijos de los árabes» (*Abna' al-'Arab* o *Awlad al-'Arab*) aplicado a los ciudadanos y campesinos de habla árabe para distinguirlos de la clase dirigente turca por una parte y de los nómadas o árabes propiamente dichos por otra.

En el árabe coloquial esta situación ha permanecido sustancialmente inmutable hasta la actualidad, aunque los turcos han sido sustituidos por otros como clase dominante. Pero entre los intelectuales de los países de habla árabe se ha producido un cambio de gran alcance. El rápido crecimiento de la actividad e influencia europeas en esas tierras trajo consigo la idea europea de la nación como grupo de gente con una patria, lengua, carácter y aspiración política comunes. Desde el siglo XVI, el Imperio Otomano había go-

bernado la mayor parte de pueblos de habla árabe del Oriente Próximo y del Oriente Medio. El impacto de la idea nacional en un pueblo que se hallaba en medio de los violentos cambios sociales provocados por la irrupción del imperialismo occidental produjo los principios de un renacimiento árabe y un movimiento nacional árabe dirigido a la creación de un Estado o Estados independientes. El movimiento se inició en Siria y sus primeros líderes parece que pensaron sólo en términos de ese país. Pronto se extendió a Iraq y, en los años posteriores, estableció relaciones más estrechas con los movimientos nacionalistas locales de Egipto e incluso en los países de habla árabe del norte de África.

Para los teóricos del nacionalismo árabe, los árabes constituyen una nación en el sentido europeo, incluidos todos los que se encuentran dentro de ciertos límites que hablan árabe y honran la memoria de la pasada gloria árabe. Existen diferentes opiniones respecto a dónde se encuentran estos límites. Para algunos incluyen sólo los países de habla árabe del suroeste asiático. Otros añaden Egipto, aunque aquí había disparidad de opiniones con los muchos egipcios que concebían su nacionalismo, o más bien su patriotismo, en términos egipcios y no árabes. Muchos incluyen todo el mundo de habla árabe, desde

Marruecos hasta las fronteras de Irán y Turquía. La barrera social existente entre nómadas y sedentarios ha perdido importancia desde este punto de vista, a pesar de que sobrevive el uso coloquial de *árabe* para designar a los beduinos. La barrera religiosa en una sociedad dominada durante mucho tiempo por una fe teocrática es más difícil de derribar. Aunque pocos portavoces del movimiento lo admitirán, muchos árabes aún excluyen a los que, pese a hablar árabe, rechazan la fe musulmana y, por consiguiente, gran parte de la civilización que albergó.

Para resumir: el término *árabe* se encuentra por primera vez en el siglo IX a. C. relacionándolo con el beduino de la estepa árabe del norte. En este sentido siguió en uso varios siglos entre los pueblos sedentarios de los países vecinos. En el uso griego y romano se extendió por toda la península, incluidos los pueblos sedentarios de los oasis y la civilización relativamente avanzada del suroeste. En la propia Arabia parece haber estado limitado aún a los nómadas, aunque también la lengua común de los árabes sedentarios y la de los nómadas se denominaba «árabe». Tras las conquistas islámicas y durante el período del imperio árabe, este término separó a los conquistadores de origen árabe de la masa de los pueblos conquistados. Cuando el reino árabe se transfor-

mó en un imperio islámico cosmopolita llegó a denotar —en uso externo más que interno— la variada cultura de ese imperio, producida por gentes de muchas naciones y religiones, pero que se expresaban en la lengua árabe y estaban condicionadas por la tradición y las maneras árabes. Con la fusión de los conquistadores árabes y los conquistados arabizados y su sometimiento a otros elementos gobernantes, poco a poco perdió su contenido étnico y se convirtió en un término social, aplicado sobre todo a los nómadas que habían conservado, más fielmente que otros, el estilo de vida y la lengua árabes originales. Los pueblos de habla árabe de los países sedentarios solían ser calificados simplemente de «musulmanes», a veces como «hijos de los árabes», para distinguirlos de los musulmanes que empleaban otras lenguas. Aunque todos estos diferentes usos han sobrevivido en ciertos contextos hasta el día de hoy, en el transcurso del siglo XX ha ido adquiriendo importancia uno nuevo nacido del impacto de Occidente. Es el que se refiere a los pueblos de habla árabe como nación o grupo de naciones hermanas en el sentido moderno, unidas por un territorio, lengua y cultura comunes y la aspiración común a la independencia política y a la unidad.

Resulta una tarea mucho más fácil examinar el alcance espacial del arabismo en la actualidad. Los países de habla árabe se dividen en tres grupos: suroeste asiático, Egipto y norte de África. La mayor extensión de tierra árabe del primer grupo es la propia península de Arabia. Casi en su totalidad forma parte del reino de Arabia Saudí, gobernada aún, pese a la inmensa riqueza generada por el petróleo, por una monarquía patriarcal y con una población que, aparte de las principales ciudades y zonas de desarrollo industrial, es sobre todo pastoril y nómada. Un golpe de Estado militar republicano contra la monarquía vecina de Yemen, en 1962, hizo estallar una guerra civil que duró hasta 1967, fecha en que la colonia británica de Adén y el protectorado se independizaron tomando el nombre de República Popular de Yemen del Sur. Tras un largo período de rivalidad, los dos Yemen se unificaron en 1990. El resto de la península, en el sureste y el este, lo forman varios emiratos gobernados por dinastías establecidas en la antigüedad. En 1971 los Estados del Golfo también se independizaron, tomando el nombre de Unión de Emiratos Árabes.

Al norte de Arabia se extienden las tierras del Creciente Fértil, hasta 1918 provincias del Impe-

rio Otomano y actualmente constituido por los Estados de Iraq, Siria, Líbano, Jordania e Israel. En estos países es donde el proceso de arabización fue más lejos y donde el sentimiento de identidad árabe es más fuerte. Colindante con el Asia árabe, en la esquina noreste de África, se encuentra Egipto, el Estado de lengua árabe más poblado, más desarrollado y más homogéneo, con la tradición más larga de nacionalismo político y de existencia política independiente en los tiempos modernos. En febrero de 1958, Egipto se unió a Siria para formar la República Árabe Unida (RAU), de la que Siria se retiró en 1961. Egipto conservó durante un tiempo el nombre de República Árabe Unida, pero posteriormente lo cambió por República Árabe Egipcia.

Al oeste de Egipto, en el continente africano, la ex colonia italiana de Libia se convirtió en una monarquía independiente en diciembre de 1951 y en una república tras el golpe de Estado de 1969. La independencia de Túnez y Marruecos fue reconocida en 1956, y la de Argelia, tras una larga y amarga lucha, en 1962. En la mayoría de estos países la población es mixta, principalmente de habla árabe, pero con minorías de habla bereber, en especial en Marruecos. En los Estados del sur de Egipto y norte de África, en las fronteras entre Arabia y el África negra, existen varios Esta-

dos con poblaciones mixtas árabe y negra: el Sudán, que alcanzó la independencia en 1956; el Chad, que se independizó en 1969; y Mauritania, que lo hizo en el mismo año. Asimismo existen comunidades árabes que viven entre poblaciones predominantemente negras más al sur e importantes minorías árabes en Irán, Israel y Turquía. En el último cuarto del siglo XX se han creado importantes minorías árabes debido a la inmigración a la Europa occidental, especialmente en Francia y en Norteamérica. Se calcula que el número total de personas de habla árabe en Asia y África supera los doscientos millones, de los cuales más de cincuenta y cinco millones viven en Egipto y más de sesenta millones en el norte de África.

Estos países poseen muchas cosas en común. Todos ellos se hallan en la frontera entre el desierto y la tierra fértil y se han enfrentado desde los primeros tiempos hasta la actualidad con el sempiterno problema del nómada invasor. Dos pueblos de los más importantes, Egipto e Iraq, son dos valles regados por dos grandes ríos, verdaderas rutas de comercio y sedes de Estados centralizados desde los tiempos más antiguos. Casi todos ellos son países de campesinos, básicamente con el mismo orden social y clases gobernantes, aunque las formas externas e incluso las realida-

des sociales están cambiando a medida que el impacto del mundo moderno influye en ellos por separado, en diferentes momentos, de diferentes formas, a diferentes ritmos. Todos salvo la propia Arabia fueron atraídos por el arabismo y el islam durante las grandes conquistas, y todos han heredado el mismo legado compuesto por la lengua, la religión y la civilización. Pero la lengua hablada posee muchas diferencias locales, y también la religión, la cultura y la tradición social. La larga separación y las grandes distancias contribuyeron a que los árabes, fusionados con diferentes culturas nativas, produjeran fuertes variantes locales de la tradición común, a veces, como en Egipto, con un sentido multiseccular de identidad nacional local.

Entre los pueblos conquistados se encontraban algunos que rechazaron la lengua del conquistador, o su religión, o ambas cosas a la vez, y sobrevivieron como musulmanes, pero no como árabes, éste es el caso de los kurdos y bereberes en Iraq y el norte de África; o como hablantes del árabe pero no musulmanes, como los maronitas y coptos en Líbano y Egipto. Surgieron nuevas sectas en el seno del islam, a veces a través de cultos preexistentes, como son los chiitas y yazidíes en Iraq, los drusos en Siria y Líbano, los zaiditas e ismailitas en Yemen. La edad moderna, al so-

meter las tierras árabes a diferentes procesos, ha producido nuevos factores de desunión, derivados de los diversos niveles sociales y de los intereses regionales y dinásticos. Pero los desarrollos modernos también están reforzando los factores de unidad: el rápido crecimiento de las comunicaciones modernas, que ponen las diferentes partes del mundo árabe en contacto más íntimo y más rápido que nunca; la difusión de la educación y el alfabetismo, lo que proporciona un mayor alcance al poder unificador del lenguaje escrito común y la memoria; y, lo más evidente, la nueva solidaridad en oposición a la dominación e influencia externas.

Queda por comentar en estas observaciones introductorias un último problema. El escritor europeo de historia islámica trabaja con una desventaja especial. Al escribir en una lengua occidental, emplea necesariamente términos occidentales, que a su vez se basan en categorías de pensamiento y análisis occidentales, y éstos se derivan principalmente de la historia occidental. Su aplicación a otra sociedad formada por diferentes tradiciones y con diferentes estilos de vida sólo es, como mucho, una analogía y puede resultar peligrosa-

mente engañosa. Tomemos un ejemplo: los pares de palabras como Iglesia y Estado, espiritual y temporal, eclesiástico y laico, no poseen equivalente real en el uso musulmán hasta los tiempos modernos, cuando fueron creados —o prestados por los cristianos árabes— para traducir ideas modernas, pues la dicotomía que expresan era desconocida para la sociedad musulmana medieval y carecía de sentido para la mente musulmana de esa época. La comunidad del islam era Iglesia y Estado juntos, entretejidos los dos de modo que no se podían distinguir; su cabeza titular, el califa, era al mismo tiempo un caudillo seglar y religioso. También aquí el término *feudalismo*, hablando en sentido estricto, se refiere a la forma de sociedad que existía en la Europa occidental entre la caída del Imperio Romano y el comienzo del orden moderno. Es inevitable que al emplearlo en otras áreas y otros períodos, a menos que se defina atentamente en su nuevo contexto, se cree la impresión de que el tipo de sociedad así descrito es idéntico, o al menos similar, al feudalismo europeo occidental. Pero no hay dos sociedades exactamente iguales, y aunque el orden social en el islam en ciertos períodos muestra bastantes semejanzas importantes con el feudalismo europeo occidental, esto jamás puede justificar la identificación total que lleva implícita el uso del

término sin restricciones. Palabras tales como *religión*, *Estado*, *soberanía*, *democracia*, significan cosas muy diferentes en el contexto islámico y, en realidad, varían de significado en las distintas partes de Europa. El empleo de estas palabras, sin embargo, resulta inevitable al escribir en inglés o en las lenguas modernas de Oriente Medio, que han recibido durante más de un siglo la influencia de los modos de pensamiento y clasificación occidentales. Cuando aparezcan en las siguientes páginas hay que entenderlas siempre en su contexto islámico y no suponer que se les da un mayor grado de semejanza con las correspondientes instituciones occidentales que el que se señala específicamente.